LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 22 DE AGOSTO DE 1887 — NUM. 295

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA CANCIÓN MATERNAL, cuadro de E. Blume

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—El estornudo*, por don Antonio Machado y Alvarez.—*San Marcos*, 3, 3.ª (conclusión), por don Eduardo López Bago.—*¿Hubo dos prosodias en el antiguo castellano?* por don E. Benot.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*La canción maternal*, cuadro de E. Blume.—*Cataluña*, estatua de P. Carbonell.—*La inquietud*, cuadro de Enrique Raich.—*Alberto Durero retratando al emperador Maximiliano*, cuadro de K. Jager.—*La isla de Rugen*, cuadro de H. Ratzer.—*Los primeros amores*, cuadro de Pedro Torrini.—*El final de una comida á escote*, cuadro de P. Joris.—*Suplemento artístico: La novia en el estudio*, dibujo de A. Fabrés.

NUESTROS GRABADOS

LA CANCIÓN MATERNAL, cuadro de E. Blume

Que la mujer constituye la mitad más bella del género humano, cosa es que se olvidaría de puro sabida y demostrada con sucesivas planchas por la otra menos bella mitad. Pero ha dispuesto la Providencia que la mujer, adorable como hermosa, reuna á la belleza del cuerpo la del alma y que la maternidad sublime lo que físicamente era ya admirable. Blume, abundando en esta idea, nos representa á la joven madre en el acto de adormecer á su hijo cantándole una de esas monótonas coplas, ritmo singularísimo y universal, que parecería ridículo en toda otra ocasión y en todo otro personaje.

Y bien, examinemos cuidadosamente á esa joven y convengamos en que su hermoso rostro resplandece con fulgores especiales, en que sus ojos tienen expresión verdaderamente celestial, en que la melodía que se exhala de sus labios ha de tener algún parecido con la entonada por los ángeles cabe el trono de la Madre inmaculada. Cuando se dijo que el hombre, ó sea la humanidad, estaba hecho á semejanza de Dios, de fijo se tuvo en cuenta á la mujer sublimada por la maternidad.

CATALUÑA, estatua de P. Carbonell

Esta hermosa matrona, severa y expresiva, está destinada á decorar el monumento que la capital de Cataluña erige en estos momentos á la memoria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Ingratos fueron sus contemporáneos con el insigne genovés, que empezó por ser calificado de loco y terminó por ser acusado de traidor. España, á la cual había enriquecido, le dejó morir en la miseria. Tardío ha sido el desagravio; pero la ciudad de Barcelona se lo prepara á la altura de la ingratitud nacional.

La estatua de Carbonell está modelada con sobriedad y grandeza, y en su ejecución se ha tenido presente la distancia desde la cual ha de ser contemplada, á fin de que produzca el debido efecto. En su mirada y en su actitud hay algo triste, cual si la región que simboliza sintiera una cosa parecida al remordimiento por lo mucho que ha tardado en tender una rama de laurel glorioso al que depuso en sus playas el primer oro traído de América.

LA INQUIETUD, cuadro de Enrique Raich

Por muy tratado que haya sido este asunto en el lienzo, nunca deja de producir buen efecto cuando se ejecuta con discreción y sobre todo con sentimiento. Raich lo ha concebido armonizando la sencillez y la grandeza. El aspecto de ese mar, en el cual empieza á producir sus efectos la tempestad próxima á desencadenarse, es imponente. En él no se divisa vela alguna, y esto precisamente inquieta á la familia del marinero. Harto conocedora del estado del tiempo y de que los elementos se hallan á punto de desencadenarse, la apenada esposa tiembla ante la idea de los peligros que amenazarán en breve al osado pescador. ¿Qué vale una frágil navecilla luchando con las embravecidas olas?... ¿Quién sino la Virgen de los Desamparados defenderá al ausente?... Vayan, vayan los infelices incrédulos á arrancar de las creencias de esa mujer la confianza que en Dios y en su Madre tiene puesta... ¡Oh! no habrá corazón bastante duro para ello. El día en que la familia del marino dejase de creer en la protección del cielo, abrigamos la íntima persuasión de que el hombre dejaría de ser el dominador de los mares. Se sentiría muy pequeño para tan grande empresa.

ALBERTO DURERO retratando al emperador Maximiliano, cuadro de K. Jager

Los grandes monarcas hubieran dejado de ser grandes si no hubieran dispensado á las bellas artes una protección que había de influir notablemente en el desarrollo del buen gusto entre sus pueblos. Así se explica que aun en épocas difíciles para ciertos soberanos, los artistas de su predilección fuesen honrados como grandes señores y retenidos en las cortes á fuerza de importantes sacrificios. Los augustos príncipes á quienes faltaba tiempo para recibir á los embajadores de las grandes potencias, no regateaban horas á sus pintores predilectos; y por su parte las más encopetadas princesas tenían á mucha honra servir de modelo á Rubens y al Ticiano, para convertirse en olímpicas y no siempre bastante púdicas deidades.

El cuadro de Jager representa al emperador Maximiliano de Alemania en el taller del célebre Alberto Durero, que se ocupa en hacer el retrato del famoso monarca. La composición está bien trazada y en la ejecución ha demostrado el autor conocer perfectamente los tipos, trajes y costumbres de los personajes reproducidos. El del artista y el del emperador llaman la atención en primer término. El caballero que sostiene el rollo en que figuran estar consignadas las glorias imperiales, es Wilibaldo Rickheimer, favorito del príncipe. Por un momento el taller de Durero se halla convertido en salón palatino; el artista no parece por esto sobrecogido: Maximiliano y Alberto ciñen ambos corona, con la diferencia de que la del artista es mucho más preciada, hoy por hoy, que la del emperador. Todo el mundo sabe que ha existido un príncipe del arte llamado Alberto Durero, cuyas obras se estudian todavía; y apenas hay quien se acuerde de que Alemania tuvo un emperador llamado Maximiliano I.

LA ISLA DE RUGEN, cuadro de H. Ratzer

Aun cuando el grabado no pueda dar una idea perfecta de este cuadro, porque su principal cualidad es la de la luz que ilumina el paisaje, se comprende su mérito examinando solamente sus condiciones de ambiente, de transparencias, de distancia, que permiten á la vista espaciarse á través de esos árboles añosos, reproducidos con singular maestría.

LOS PRIMEROS AMORES, cuadro de P. Torrini

Esta obra es un verdadero portento de naturalismo. A cualquiera se le ocurre soltar el trapo á la vista de esos dos ancianos que coquetean y se enamoran como en los mejores años de su vida. Y sin embargo, ese burlón lo sería sin motivo, porque el cuadro de Torrini no es sino la confirmación de una gran verdad, ó sea la eterna frescura del amor primero. Ni la cascada esposa rechaza la brutal franqueza del espejo, ni el provecto marido se hace la ilusión de estrechar en sus brazos á una silfide; pero uno y otro invocan los recuerdos del tiempo pasado y el cambio que este ha impuesto en su semblante no ha alterado el afecto que durante medio siglo les ha unido.

Como expresión, dudamos quepa superar á los viejos de Torrini. Su pensamiento se refleja de una manera tan clara que nadie puede dudar de que la feliz pareja se transporta á la época dichosa de su juventud.—Mentira parece que esta cara sea la de tu antigua novia!...—está diciendo ella. A lo cual contesta indudablemente el marido:—En verdad que tu semblante está desconocido; mas ¿qué importa el cambio experimentado por el semblante, si el afecto no se ha alterado en lo más mínimo?...

De este cuadro podría decirse que es la apoteosis del matrimonio. No hay porqué reirse, pues, de esos ancianos: ellos dan una lección á ciertos jóvenes esposos, muy bellos, muy montados á la última moda, cuyo corazón envejece á razón de siglo por año.

EL FINAL DE UNA COMIDA Á ESCOTE, cuadro por P. Joris

Que este cuadro representa el final de un banquete, no hay porqué discutirlo: el autor del lienzo lo ha representado con verdad suma. Por lo que toca á lo del escote, difícil fuera que viniera á deducirse de la composición. Es esta sumamente agradable, hasta el punto de que se lamente el espectador de no haber sido otro de los comensales, siquiera al término de la fiesta viniese á aguarla la idea del escote susodicho, que es la verdadera visión de Baltasar en tales casos.

Ha tenido lugar el banquete en una *villa* italiana y sus restos abonan que ha debido ser opíparo. Algunas palomas que acuden á picotear los restos y unos bajos relieves en que campea el león de San Martos, nos inclinan á creer que la escena pasa en un jardín veneciano. Igualmente veneciano es el tipo de esas mujeres, la luz, el sol, el ambiente del lienzo. En tan plácidos entretenimientos pasaban la vida los patricios de la antigua reina del Adriático, mientras en el horizonte de la política europea se formaba la nube destinada á destruir aquella nacionalidad carcomida por sus propios vicios. Una república joven é hija de los *derechos del hombre* iba á anonadar á otra república decrépita y autocrática. Napoleón I fué el rayo que fundió los caballos de bronce, famosa cuadriga uncida al carro del imberbe vencedor de Italia. Desde aquel momento cesó Venecia: en el Lido terminaron los banquetes galantes y transcurrió medio siglo sin que los hijos de San Marcos tuvieran jardines en que celebrar sus fiestas y patria en cuyas glorias interesarse.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA NOVIA EN EL ESTUDIO, dibujo de A. Fabrés

Para que todo sea verdad en esta composición, son verdad hasta los personajes. El autor se ha reproducido á sí mismo y á alguna dama que le interesa muy de cerca. Es una manera de retratar á propósito para que los originales no ofrezcan el inconveniente de una falta de intención y de movimiento, que neutraliza á menudo la más vigorosa potencia artística. Mucho ganará el arte el día en que un retrato deje de ser la simple copia, más ó menos atinada, de una persona cualquiera. Al que dudare de esta verdad, le remitimos al cuadro de *las Meninas* de nuestro inmortal Velázquez.

EL ESTORNUDO

I

Mis lectores saben que un honrado español puede romperse una pierna, dislocarse un brazo, estar rabiando con un dolor de muelas, sin que nadie de los que le rodean se crea en la obligación de decir siquiera esta boca es mía; pero estornudar en una reunión y no decir los concurrentes *¡Jesús, María y José!* ó cuando menos *¡Jesús!* se considera en esta hidalga tierra como una tremenda grosería. Creo recordar, qué digo creo, me acuerdo perfectamente, que, hallándome una vez en una tertulia y habiendo estornudado el ama de la casa y permanecido yo en silencio, dijo volviéndose á una amiga suya que por lo visto también tomaba rapé: ¿has visto qué *salvaje?* A punto estuve de contestar á la señora: la *salvaje* lo será V.; pero acordándome que es España la patria de don Quijote, y ley de caballero respetar á las damas, preferí callarme y no volver á poner los pies en la casa. Desde entonces ¿á qué no confesarlo? vivo retraído de la sociedad y, aunque á mis anchas, siempre por estos montes y vericuetos, lanzando cada vez que estornudo una interjección que no puedo asegurar si la emplearon los caballeros andantes, aunque sí tranquilizar á mis lectores respecto á su índole genuinamente española.

Pero, después de todo, como aquella señora me regaló con aquel amable y finísimo piropo delante de tanta gente, yo no puedo dejar de hacer de vez en cuando algunas excursiones á las ciudades para ver si sigue empleándose, como en mis buenos tiempos, la consabida frase *¡Jesús, María y José!* cada vez que uno estornuda, y como la sigo oyendo repetir constantemente, aun en los círculos aristocráticos, á cada paso he dado en recaer en lo de *salvaje* dudando ya si lo seré efectivamente y estaré con razón condenado á vivir toda mi vida por estos montes y apacibles prados; y, como la soledad y el aislamiento tienen un no sé qué que convida é incita á la vida contemplativa y filosófica, aquí me estoy devanando los sesos sobre cuál podrá ser la causa recóndita y sentido misterioso y oculto que encierra la consabida costumbre de decir siempre que oye uno estornudar á otro: *¿Jesús, María y José!* á cuya frase añaden los sencillos y candorosos pastores de estas virginales selvas una muletilla tan expresiva, enérgica y desvergonzada que sólo su recuerdo pondría espanto en naturaleza menos agreste y bárbara que la mía.

Pero ¿qué tiene que ver, me preguntaba yo el otro día por la diezmillonésima vez, qué tiene que ver eso que en las ciudades llaman urbanidad y buena crianza con que uno diga ó deje de decir al que estornuda: *¿Jesús, María y José!* ¿Quién consuela á nadie siquiera con un «el Señor te dé paciencia,» si un casero le despide, ó le muerde un perro llevándole media pantorrilla? Y á la verdad que ya estaba á punto de volverme loco rematado y de aceptar el honorífico título con que se dignó favorecerme la piadosa susodicha señora cuando cayó en mis manos un libro titulado la *Civilización primitiva* que ha venido á sacarme de dudas y congojas y á consolarme un poco de mis hondas cavilaciones. Este libro, inglés por más señas y no traducido que yo sepa al castellano aunque sí á muchas lenguas europeas, ha venido á enseñarme que no es la mencionada costumbre cosa tan extraordinaria é insólita como yo en un principio imaginaba, y que aquella buena señora aunque debiera estar también en las selvas como yo, tuvo cierta razón para llamarme *salvaje*, título que hoy para mí equivale al de hermano porque denota la comunidad de nuestra procedencia.

Los zulúes, en efecto, creen con toda formalidad que los espíritus de los muertos giran á su rededor causándoles daño unas veces, otras veces dicha; y así, según los informes del doctor Callaway, cuando un zulú estornuda, dice siempre en estos, ó parecidos términos: *ahora sí que estoy bendito, el Idlozi* (el espíritu de los antepasados) *ha venido á verme y está conmigo, glorificado sea, pues es la causa de mi estornudo*, y al momento, invocando los manes de su familia, le pide, como quien no quiere la cosa, ganado, mujeres y prosperidad. Estornudar es para él sinónimo de estar con Itongo, el espíritu de sus abuelos; así que, cuando un hombre está enfermo, lo primero que preguntan los que van á visitarle es si ha estornudado. – No ha estornudado, contestan. – Pues grave es la enfermedad, replican los que preguntaron, y se salen á la calle mohinos y pesarosos y punto menos, como decirse suele, que con el rabo entre piernas.

Los adivinos zulúes que están, no diré en el ajo por no ofender su dignidad, pero sí en el secreto, estornudan de propósito dos ó tres veces antes de dar principio á sus ceremonias, y *como estos usos y prácticas, según los hechos dan á entender, se transmiten de unas religiones en otras*, los amakosas, que ya cuando estornudaban dirigían invocaciones á su divino maestro Utixo, decían después de convertidos al cristianismo: *vuelve los ojos á nosotros, Dios Salvador.* El estornudo, por tanto, entre los zulúes revelaba siempre la presencia de un espíritu divino en el sujeto que hoy llamaríamos sencillamente constipado.

Sir Thomás Brown háblanos de un rey de Monomotapa, cuyos estornudos sacaban de quicio á los concurrentes, que se deshacían en alharacas y exclamaciones de gracias, bien así como los habitantes de Guinea en el siglo pasado, que apenas oían estornudar á cualquier personaje importante caían de rodillas, besaban la tierra y palmoteaban á más no poder, deseando al protagonista ó estornudador toda clase de dichas y prosperidades.

Los negros del Antiguo Kalabar, por el contrario, atribuyen al estornudo una influencia maligna, y así en cuanto un niño empieza siquiera á hacer un gesto y á abrir la boca como para prorrumpir en un *aaachis!* todos se apresuran á hacer ademanes como de rechazar un mal invisible diciendo: *aléjate!* siendo en la Polinesia, en la Nueva Zelandia y en las islas Samoa tenido y reputado el estornudo por mala cosa, y por fatalísimo agüero en el Archipiélago de Tonga al principio de una expedición.

Ejemplo curiosísimo nos ofrece el jefe indígena Guachoya cuando vino á visitar á Hernando de Soto en su famosa expedición á la Florida. Fué el caso que, durante la entrevista, el cacique dió un estornudo atroz y los nobles que le acompañaban colocados en fila á lo largo de la sala al lado de los españoles, no bien oyeron estornudar á su jefe, comenzaron á hacer reverencias con la cabeza, á abrir y á cerrar los brazos, y á hacer gestos de profundo respeto y veneración, diciendo todos en coro: *¡el Sol te guarde! ¡te acompañe! ¡te ilumine! ¡te exalte! ¡te proteja! ¡te favorezca! ¡te dé prosperidad! ¡te salve!*

¿Quién no hubiere sabido, digo yo en estos momentos, toda esta retahila de felicitaciones, para habérsela ensartado á la señora que tuvo la amabilidad de ponerme de *salvaje*, siquiera Hernando de Soto ¡que santa gloria haya! hubiera dicho á sus capitanes como dijo entonces: *¿no veis que el mundo es igual en todas partes?* ¡Quién no hubiera dicho siquiera: «señora, el Sol os rejuvenezca, os desarrugue, os aplaque la bilis,» aunque aquellos esforzados españoles hubieran tenido ocasión de observar, como atinadamente observaron entonces, que los pueblos salvajes y bárbaros practican á menudo las mismas, mismísimas ceremonias que las naciones que se tienen por más cultas y más adelantadas!...

¡Cuán lejos estaría la buena señora de que, al permanecer yo en silencio cuando ella estornudaba, pude considerar su estornudo tan feliz como reputó Homero el de Telémaco, en la Odisea, ó tenerlo por de tan favorable agüero como Jenofonte consideró el estornudo del soldado y el grito de adoración á Dios que partió de las filas, y que no la dí el parabién porque no lo echase á mala parte ó supusiera mi felicitación como una muestra de desmedida lisonja que pudiese herir su extremada finura! ¿Qué sabía la buena señora si yo consideraba su estornudo como divino, según nos enseña Aristóteles que lo consideraba el pueblo griego, ó si era para mí, como para Plinio, una cuestión trascendental que me formulaba acá para mis adentros, y aunque en castellano, de idéntica manera? *Cur sternutamentis salutamus?* ¿Qué hubiera pensado de mí si le hubiese dicho: gracias á Dios, señora, *que está usted con Itongo?* Qué si hubiese empleado la fórmula judía: *Tobim Chayim* (buena vida) ó hubiera dicho, por último, las sacramentales palabras que usan los árabes, *¡gloria á Alah!* enaltecido sea su nombre?

II

Probé en el artículo anterior, no diré como Alah me dió á entender por no achacar á Alah, glorificado sea su nombre,

LA NOVIA EN EL ESTUDIO, DIBUJO DE A. FABRÉS

el mal estado de mis entendederas, pero sí como pude, que la señora que me calificó de *salvaje* porque permanecí en silencio oyéndola estornudar, no tuvo razón alguna para calificarme de aquel modo; y que, antes al contrario, debió presumir al verme callado que no quería yo confundirme, igualarme ni ponerme en parangón con los zulúes, los cafres, los amakosas y otras gentes *ejusdem furfuris* que se deshacen en cumplimientos y hacen mil reverencias y zalamerías y cucamonas cuando alguno estornuda. Hoy, sin embargo, quiero dar un consuelo á la buena señora y probar á mis discretos lectores, y lectoras amabilísimas, si las tengo, que no es tampoco la costumbre de saludar en estas ocasiones cosa tan desusada y del otro jueves que sólo la practiquen los *salvajes*, los españoles y los creyentes en Alah, ¡loado y enaltecido sea!

En efecto; como prueba de la existencia de esté antiguo uso en la *pensadora* Alemania cita Tylor, autor de la obra que en mi anterior artículo mencionaba, las siguientes frases de Grimm: *Die Heiden nicht endorften niesen, da mandoch Sprichet: Nu helfin Got. Wir sprechen, swer niuset: Got helfe dir*, que, traducidas libérrimamente al castellano, significan, salvo error, y chispa más chispa menos, lo siguiente: los paganos no se atrevían á estornudar á pesar de que entonces se decía *¡Dios te ayude en este trance!* Hoy nosotros decimos sencillamente al que estornuda *¡Dios te ayude!*

También la *culta* Francia y *civilizadora* Inglaterra tenían en el siglo XI, año de 1100 precisamente, una formulilla para el estornudo, consignada en estos curiosísimos versos, citados por Wegwood en su *Dict. English Etimology:*

E pur une feyze esternuer
Tantot quident mal trouer
Si Wesheil ne diez aprez.

Was hæl! ¡Que V. lo pase bien! decían aquellas buenas gentes á los que estornudaban, no de otro modo que nosotros, en aquel año en que estornudar y morirse eran una misma cosa, consolábamos al invadido de la terrible epidemia con un *¡Jesús, María y José!* que equivalía á un «que lleve V. feliz viaje para el otro barrio, pues según se explica, más lleva V. trazas de morirse que no de otra cosa.»

Si esta calamidad ocurrió en España en el siglo XV ó posteriormente, según algunos aseguran, punto es que no he tenido empeño en averiguar, pues para probar que no sólo los *salvajes*, sino los europeos han empleado y emplean en casos semejantes fórmulas de felicitación unas veces y de conmiseración ó de pésame otras, basta con lo dicho. *¡Zeu soson!* ¡Dios te salve! decían los griegos á los que se constipaban. Y no se nos venga en contra de lo afirmado con que los anabaptistas y los cuákeros ridiculizaban estos saludos, ni con que en los *Principios de Urbanidad francesa* del año 1685 se aconseja que cuando uno oiga estornudar á un caballero no debe gritar: *¡Señor, Dios os bendiga!* sino quitarse bonitamente el sombrero, inclinarse con la mayor cortesía, gentileza y donaire posibles y hacer uno aquella súplica por lo bajo y como para sus adentros; pues es sabido que hasta la mitad del siglo pasado el *Código de Urbanidad inglesa* siguió prescribiendo estos saludos, y que aun en el día no es extraño oir en Italia la palabra *Felicità* y en Alemania *¡Got hilf!* lo cual explica que pueda yo, aun creyendo firmemente, como creo en Alah y en Mahoma su profeta, disculpar pasado el momentillo de mal humor, á la señora que tuvo la filantropía de ponerme de salvaje porque no la saludé cuando estornudaba. Pero si obedeciendo á lo preceptuado en el versículo 353 (sura 14), hoy suprimida, del antiguo Corán, no digo perdono, doy al olvido la galantería de Doña Críspula (de algún modo he de llamar á la señora) y llego hasta procurar consolarla del mal efecto que debió producirle la, según es de presumir, para ella imprevista nueva de que sus tertuliantes seguían las tradicionales costumbres de nuestros venerandos tatarabuelos, los *salvajes*, no ha de llegar mi bondad al extremo de autorizarla para que disponga de mí á su talante y me obligue á saludarla cada vez que estornude sin más que porque los europeos hayan seguido complaciéndose en considerar como reglas de urbanidad el interrumpir el majestuoso curso de un estornudo con un «*¡que V. lo pase bien! ¡Dios lo salve! ¡Jesús, María y José!* y aquellas otras ponderaciones y alharacas con que aturdieron al bravo Hernando de Soto aquellos graves y formalísimos *salvajes* de que os hablé en el artículo anterior.

Doña Críspula ha de tener entendido de una vez para siempre, si desea que quedemos buenos amigos, que tanto aquellas como estas fórmulas de salutación son *restos de barbarie primitiva* que, como afirma el ilustre autor inglés citado, delatan el recuerdo inconsciente de una época en que lejos de estar fundada la explicación del estornudo, como hoy, en la fisiología, iba unida á una cuestión teológica. Doña Críspula ha de hacerse cargo, si quiere que yo siga frecuentando su casa, que me ha de conceder el derecho de permanecer callado aunque ella estornude, bostece, tosa ó dé cualquiera otra señal de que Itongo, Idlozi y hasta el mismísimo demonio, á quien Alah confunda, se ha apoderado de ella y procura escapar de su prisión por la ventana ó puerta que halle más expedita; por mi parte queda completamente autorizada para saludar al huésped ó al intruso con la fórmula que tenga más á bien; yo sufriré en paciencia, siquiera esto me traiga á la memoria recuerdos de la humildad de nuestro origen, que diga cuantas veces quiera *¡Jesús, María y José!*; que se persigne cuando bostece como los habitantes del Tirol; que al empezar á abrírsele la boca, siquiera esto sea señal de hambre ó de sueño (y no continúo el refrán por no pecar contra la galantería) recite el proverbio judío: *no conviene abrir la boca á Satanás;* que pronuncie el nombre del Dios Rama, como los indios; que atribuya su bostezo á posesión demoníaca como los persas; que para mejor expulsar los diablos del cuerpo se suene hasta arrojar los sesos por las narices, como hacen los precavidos habitantes de Mesalia; y por último que recite con tono compungido como los musulmanes esta formulilla de que el mismo Mahoma ¡loado sea su nombre! jamás, según creo, pudo llegar á enterarse: *Yo me refugio con Alah para escapar de las garras de Satanás el maldito.*

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ

CATALUÑA, estatua de P. Carbonell

SAN MARCOS, 3, 3.°

(Conclusión)

Esto es lo que ella pensaba para justificarse ante su propia conciencia del ardor inquieto que la dominó.

¿Quién sabe? Tal vez el día en que el misterioso escrito hubiese dejado de llegar á sus manos, la marquesa creería que la faltaba algo muy esencial para su vida; acaso, lo que en los primeros momentos consideró como grosero proceder, era entonces para ella una delicadísima prueba con que el capitán pensaba demostrar que no la olvidaba un solo momento, que seguía siendo esclavo de la mujer cuya sonrisa podía encadenar á todos los reyes de la tierra.

Y lo que más llamaba su atención era que don Carlos Latorre no había vuelto á presentarse en ninguna parte.

Cuando se apodera de un ser como la marquesa, afán tan vehementísimo, nace poco á poco en el alma la necesidad de realizar todo proyecto que tienda á hacerlo desaparecer, y cuanto antes mejor, porque hay instantes en que llega á temerse la pérdida de la razón, en que se concibe al monomaníaco.

No pudo pues resistir más tiempo, y ella que gustaba poco de paseos, visitas y tiendas, decidió apelar á estos pretextos para salir de casa.

Y quería salir para visitar al capitán en la suya.

Un nombre y unas señas escritos habían bastado para arrebatar poco á poco en nuestra noble dama, todo sentimiento de decoro, para llevarla resuelta y cínica por la pendiente del crimen.

Se decidió por fin.

Cuando acababa de dar la última mano á su tocado, penetró el marqués de la Resolución en el *boudoir*.

– He sabido que vas á salir, – dijo.

– Sí, – balbuceó la marquesa, – quiero visitar á muchas de nuestras buenas amigas que deben estar quejosas de mi retraimiento.

– Apruebo la idea, y tendré el gusto de acompañarte.

La marquesa reprimió un mohín de desagrado y fingió regocijo por aquella galante conducta de su marido.

Era forzoso aplazar para otro día sus proyectos.

En esta tarde demostró el marqués que tenía una paciencia sin límites. No se aburrió con las frivolidades que son materia de conversación en las visitas de cumplido, y por el contrario parecía complacido en extremo.

Al día siguiente á la hora de almorzar dijo el anciano:

—¿Vas á salir esta tarde?

—Sí,—contestó la marquesa,—pienso terminar la enojosa tarea que emprendí ayer.

—¿Enojosa? No por cierto; las visitas son como todo, aceptándolas con cierta filosofía, resultan un entretenimiento.

—Para nosotras puede ser, pero comprendo que ustedes gusten poco de acompañarnos.

—Al contrario, hija mía, al contrario,—replicó el marqués,—y en prueba de ello, aquí me tienes á mí dispuesto como tú á presentarme en casa de todos esos señores. ¿A qué hora salimos?

Concha se mordió los labios con ira. Por segunda vez fracasaba su plan. Tuvo que resignarse á la compañía de su marido.

Entonces pensó adoptar otro sistema, que le pareció de más seguro resultado.

– Diré que voy á las tiendas. No hay hombre que soporte con resignación estas correrías femeninas por escaparates y mostradores.

Se vistió coquetamente, alegre y risueña, suponiendo que su marido permanecería en casa.

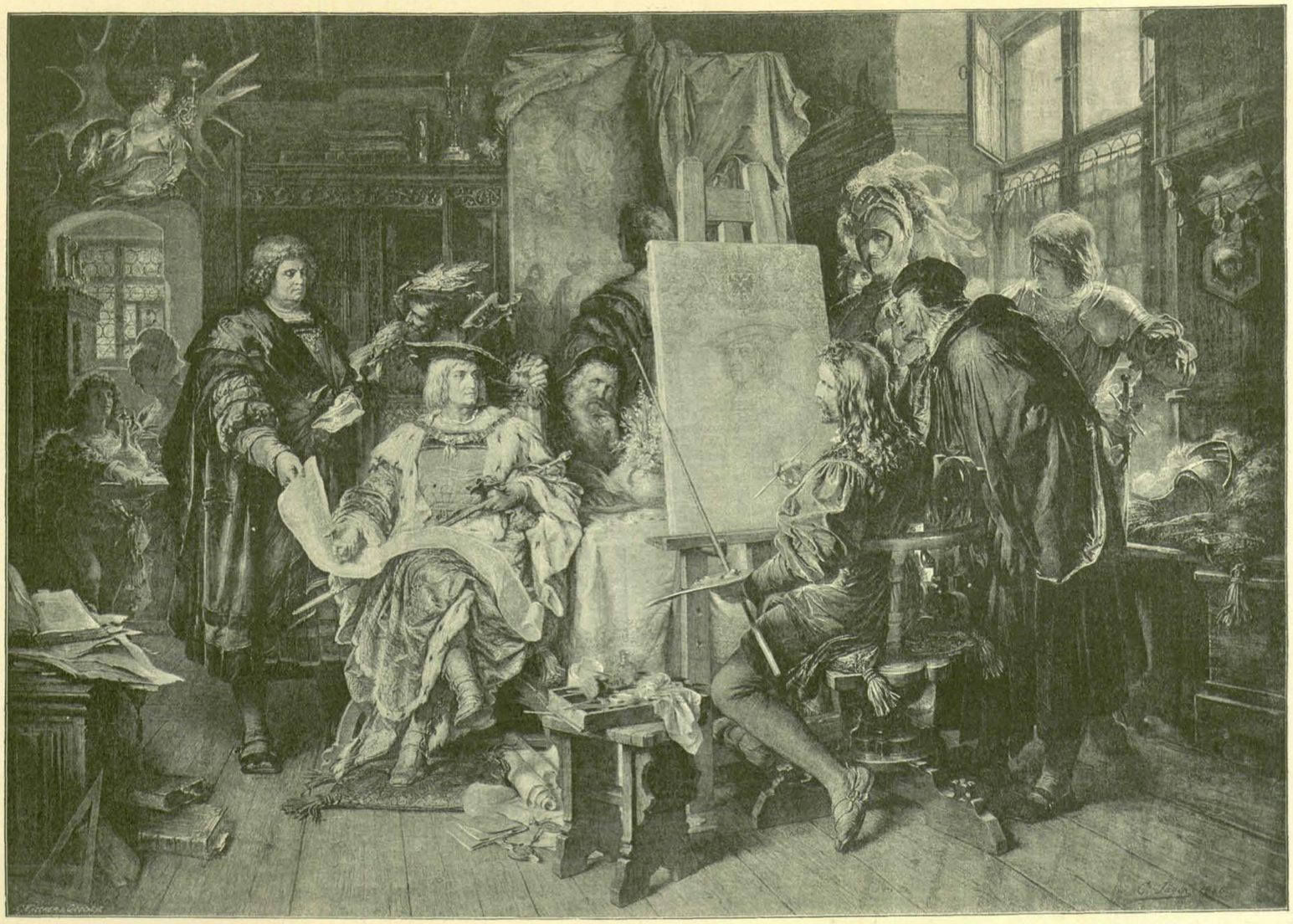
—Anuncie usted al señor, – dijo al ayuda de cámara, —que voy á salir para hacer algunos encargos...

—No hace falta,—interrumpió el marqués presentándose en aquel momento con el sombrero puesto y abrochando el último botón de sus guantes, —la casualidad más feliz hace que hayamos tenido el mismo pensamiento. Yo también voy á comprar algunas cosillas. Libros nuevos, armas antiguas, qué sé yo, pero quiero aumentar las riquezas de mi despacho. Iremos, pues, á tus tiendas y á las mías.

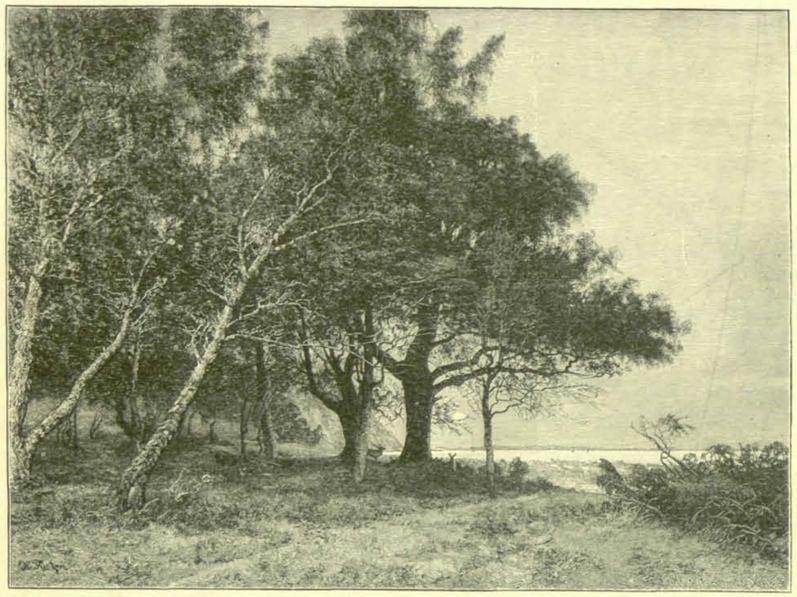
—Pero...

—Además,—añadió con extremada finura,—hace mucho tiempo, lo menos un mes, que no te he regalado nada.

LA INQUIETUD, cuadro de Enrique Reich



ALBERTO DURERO RETRATANDO AL EMPERADOR MAXIMILIANO, cuadro de K. Jager



LA ISLA DE RUGEN, cuadro de H. Ratzer

No había escape. Era preciso hacer de tripas corazón, como vulgarmente se dice.

Recorrieron los establecimientos más lujosos, compró el marqués alhajas, muebles, telas, todo con extremada complacencia, discutió con los horteras el precio de cada objeto, y éstos se sorprendían de que tan encopetado señor llevara su amabilidad á tal extremo.

—¿Adónde iremos mañana? – preguntó aquel modelo de maridos al regresar al hotel.

—¡Ay, amigo mío!... – exclamó la marquesa fingiendo gran desconsuelo, – mañana no iremos á ninguna parte, iré yo sola, si tú me lo permites, á sitio donde sería una crueldad exigir que vinieses conmigo.

—¿Pues adónde vas?—preguntó el marqués sorprendido.

—A la iglesia. Mañana empieza la novena de las Angustias y estaré nueve días hecha una beata.

—Dí mejor que estaremos, Concha, porque tú ignoras sin duda que no es crueldad ni mucho menos, proponerme á mí el rezar...

—Pero, si yo no te lo he propuesto,—interrumpió la marquesa más angustiada que la Virgen de la novena.

—Sin que me lo propongas, voy, querida mía, porque esa Virgen es la patrona de mi pueblo; con que ya ves si está justificado el que yo le haga la novena, con el mismo gusto que tú.

¿Pero es que Satanás, el infierno entero, se habían concertado para impedir y desbaratar las tramas mejor urdidas? pensaba Concha que de buena gana hubiese roto todas las telas y alhajas que acababa de regalarle aquel inseparable viejo.

Era forzoso terminar de una vez. El capitán se había ocultado, como si se lo hubiera tragado la tierra. En bailes, en paseos, en las calles más céntricas, en todas partes notábase su ausencia.

Y entretanto la marquesa recibía todas las mañanas el lacónico escrito en que decía invariablemente:

EL CAPITÁN ESPAÑOL CARLOS LATORRE

San Marcos, 3, 3.°

Ni más ni menos.

Concha comprendió que su marido no la dejaría un solo momento en libertad.

Cogió la pluma y escribió á una amiga suya la siguiente carta por la cual se comprende hasta qué punto se había exacerbado con los obstáculos su pasión criminal:

«A tí que eres mi amiga desde la infancia, y á la que quiero como una hermana, tengo que recurrir para que te encargues de una misión muy delicada. Necesito hacer llegar al hombre que amo y que me adora, que indudablemente sufre como yo sufro, algunas palabras que calmen su impaciencia. El capitán Latorre vive en la calle de San Marcos, número 3, piso 3.° y es preciso que sepa que no he acudido á su cita, aunque lo he intentado, porque mi marido según parece ha decidido privarme de la libertad que para ello necesito. No salgo sola nunca y á todas partes me acompaña. Que espere y confíe en mí, pues no he de dejar pasar la primera ocasión que se me presente. Cumple esta comisión como te parezca, que siempre será de un modo discreto, y compadece á tu pobre amiga

»CONCHA AMORÓS, marquesa de la Resolución.»

La contestación á esta carta no se hizo esperar.

Trájosela en persona su amiga íntima.

Al recibir la confesión escrita por la marquesa, comprendió que no podía confiar á nadie el acertado desempeño de un tan delicadísimo encargo. Comprendió que hombre de tanto mérito como debía ser el que había logrado conquistar á la altiva dama, sería también un cumplidísimo caballero, á cuya casa podría ir ella misma sin que corriera riesgo alguno en esta entrevista á solas.

Pero ¡oh sorpresa! La intrépida amiga subió al piso tercero de la calle de San Marcos, llamó y en lugar del gallardo seductor con quien creía encontrarse, salieron á recibirla dos preciosas niñas que vivían allí con su abuela paralítica, á la que cuidaban y sostenían con el producto de su honrado trabajo. De esta familia no pudo obtener ninguna respuesta satisfactoria. Nada sabían del susodicho Carlos Latorre, é ignoraban su paradero. Acababan ellas de mudarse á aquella casa pocos días antes y sólo era cierto que en ningún piso existía huésped ó vecino alguno que llevara el nombre del capitán español.

La desesperación de la marquesa no tuvo ya límites.

– Esto es preciso que concluya de una vez,—pensó al acabar la complaciente amiga su relato.

Pero no encontraba solución aceptable. Contó la historia extraña de sus amores que hasta entonces no habían tenido otros incidentes sino el baile del Casino y las inexplicables cartas matinales; contó también la vigilancia de que era objeto por parte de su marido, sus esfuerzos siempre inútiles para procurarse un medio de salir sola.

En este punto su amiga la interrumpió:

– Has agotado en efecto casi todos los recursos,—dijo,—tu marido resiste el fastidio de las visitas, el cansancio de las tiendas, y no se asusta de frecuentar las iglesias. Te resta el último medio.

– ¿Cuál? – preguntó la marquesa.

– No creo que el marqués se decida á acompañarte en un paseo por el cementerio.

– Nunca he estado en él.

– Ni hace falta que lo visites ahora. Bastará con que se figure que tienes ese propósito. Los ancianos temen á la muerte y con seguridad tu marido no será capaz de ir contigo á buscarla en su retiro. En cuanto á la justificación de este capricho es fácil, porque nuestra necrópolis según dicen pasa por una de las maravillas del mundo.

Quedó acordado que al día siguiente la marquesa manifestaría su deseo de visitar el cementerio de la ciudad de***

Así lo hizo en efecto, pero con grande asombro suyo, el viejo marqués recibió la noticia sin temor y dijo:

– Parece mentira que coincidamos tanto en todas nuestras ideas. Figúrate que hoy precisamente había pensado yo en hacerte una proposición igual.

– ¡Cómo!

– Ni más ni menos,—continuó el marqués; – nuestro cementerio es el orgullo de la ciudad, una joya del arte, y sería imperdonable en tí, no conocer lo que vienen á ver extranjeros de todos los países.

Y diciendo esto tenía el viejo en sus labios una sonrisa extraña.

***

Era el 7 de octubre de 1880

Hacía pues un año justo de la célebre noche en que se verificó el baile del Casino, durante el cual hizo su presentación y la conquista de la marquesa el capitán Latorre.

– Hoy precisamente,—había dicho el marqués, —había yo pensado en que visitáramos el cementerio.

Y en efecto, aquella tarde el aristocrático matrimonio llegaba en su *landeau* á la puerta de la suntuosa necrópolis.

Al penetrar en el sagrado recinto, tomó la palabra el marqués en los siguientes términos:

– Ahora verás, esposa mía, verdaderas obras de arte que honran el cincel de nuestros escultores. Pero sobre todo, lo más sorprendente es el pensamiento filosófico que ha presidido á la construcción de esta maravilla. El sublime arquitecto tenía, sin duda, mucho de poeta y quiso al emprender esta obra, que fuera una realidad esa frase que se emplea desde Homero hasta hoy y por la cual se ha calificado con el nombre de *Ciudad de los muertos* á estas fúnebres mansiones. Aquí cada ciudadano yace en su casa. El plano general del cementerio es completamente igual al de la ciudad de *** Los que allí habitan en suntuosos palacios y hoteles, reposan después aquí en aislados y magníficos sepulcros y sustituyen á las casas de vecindad manzanas de nichos que forman calles. Estas calles tienen el mismo nombre que las de la ciudad de los vivos. Aquí tienes el hotel en que nosotros vivimos, es este mausoleo vacío que mandé yo construir y que espera nuestros restos; el nombre de la calle es el mismo de la nuestra, Boulevard de Santa Catalina, el número, míralo bien, es también el de nuestro hotel, número 12. Esta otra, es la calle de San Marcos...

– Entremos, – dijo extremadamente pálida la marquesa.

– Estas manzanas de nichos,—continuó el marqués, – equivalen á las manzanas de casas, y como ves, tienen sus pisos; este es el número uno y este es el *número tres*.

La marquesa buscó el tercer nicho. Estaba ocupado y sobre la lápida se leía:

Aquí yace el capitán español
DON CARLOS LATORRE
muerto de una estocada en desafío
la noche del 7 de octubre de 1879.
R. I. P.

Miró Concha á su marido, que lanzó una carcajada satánica; un frío mortal circuló por sus venas, y se desmayó en sus brazos.

EDUARDO LÓPEZ BAGO

¿HUBO DOS PROSODIAS EN EL ANTIGUO CASTELLANO?

Con frecuencia se encuentran en nuestros clásicos contracciones silábicas que hoy nadie se permitiría sino por vituperable licencia.

Dice Calderón:

Que fué mi MA-ES-TRO un sueño.
Que si fuera un MAES-TRO solo.

Ningún versificador de nota haría hoy bisílabo á MAES-TRO

Otras veces se encuentran contracciones que cualquiera adoptaría.

¿Pues qué he de hacer ¡ay de mí!
en confusión semejante,
si quien la TRAE por favor
para su muerte la TRA-E?

Hoy *trae* puede ser igualmente monosílabo y bisílabo. Espronceda escribe:

TRA-E á mi alma inspiración divina.
que TRAE regalo y esperanza al alma

En vista de esto ocurre preguntar: ¿Hubo en lo antiguo dos prosodias?

***

En todos los pueblos se observan siempre tres pronunciaciones:

Una, la escogida y que se debe conservar pura, correcta y sin adulteración por las personas que hablan bien;

Otra, la que las mismas personas educadas se permiten en conversación, y que será tanto más aceptable, cuanto menos se desvíe de la correcta; ó que, si se ha desviado mucho, vuelva á acercarse á la pronunciación-modelo;

Y otra tercera, en fin; la vulgar y desordenada de los hombres sin educación, de la cual es preciso huir constantemente, abominándola sin consideraciones, aunque tal vez la patrocinen buenas plumas.

Descartemos desde luego los modos brutales de hablar de esta tercera clase, tales como

haiga, huiga,
téngamos, téngais,
séamos, séais,
oígamos, óigais.
puédamos, puédais
huigámos, huígais,
háyamos, háyais,
váyamos, váyais,
sáuco, baláustre,
Vallaúliz, Madríz,
cáido, veláí,
por ahí, etc., etc.

LOS PRIMEROS AMORES, cuadro de Pedro Torrini

Sabed, en fin, que donde váyais voy. *(¡¡Espronceda!!)*
Anda alegre por ahí mondo y lirondo *(¡¡Espronceda!!)*

porque, ¿quién ni siquiera se permite discurrir sobre tales groserías y aberraciones? ¿Dónde iríamos á parar?

Hoy, entre las gentes ilustradas, existen dos prosodias para determinadas voces (no para todas) y especialmente para determinadas desinencias; pero una sola, POR UNIVERSAL CONVENIO DE LOS DOCTOS, es la admitida y autorizada en lo escrito. Ahora bien, ¿existió análogamente, en los tiempos del clasicismo, la doble pronunciación con carta de naturaleza en el estilo serio y en el elevado?

***

No: no hubo autorización para las dos indiferentemente.

Ni en tiempos de Garci-Lasso, ni en los de Ercilla, ni aun después cuando las licencias del lenguaje teatral llegaron hasta el abuso, eran de cierto admisibles ciertas licencias entre los versificadores esmerados y exquisitos; y la prueba está en las obras mismas de aquellos ingenios que PREFERÍAN á la licenciosa, la correcta prosodia; en la cual conservaban constantemente inalterado el número natural y corriente de las sílabas, sin hacer VIAJAR caprichosa é insensatamente los acentos del lugar que prescribía la pronunciación normal.

¿Quién pudo nunca aprobar aquellos versos de Quevedo:

Las niñas SOL-FEÁN por sí.
QUE-RRIÁS ponerme tal verdugo al lado?
Y no consienta el HI-ME-NEÓ tirano
DE-SEÁ comunicar al pordiosero
DE-SEÁ la del dichoso al desdichado...

¿Ni quién admitirá versos por el estilo de los siguientes?

Mil años que A-BO-FE-TEÁ-BA *(Rojas)*
CÁI-DO del cielo al lodo que le afea *(Meléndez)*
Son los corales de la mar EX-TRÁI-DOS *(Anónimo)*
De los pastores que VE-NÍAN cantando *(Garci-Lasso)*
Deste DIÁ para mí mayor que un año *(Garci-Lasso)*
SO-LÍAN antiguamente de tablones *(Ercilla)*

Contraer de este modo era y es un delito de lesa prosodia, porque el acento de las palabras tiene que VIAJAR de la vocal donde debe cargar normalmente á otra vocal inmediata.

Versificadores hubo que siempre evitaron cuidadosamente estas licencias; Herrera entre otros. Pues si en él se encuentran diéresis que ahora no prosperan, es porque entonces eran lícitas.

Entonces se decía

glo-ri-o-so; glo-ri-o-sa;
ti-e-les; o-ri en-te..., etc.

Sin duda en aquella época la prosodia era doble para ciertos vocablos; y, lo que es mucho más trascendental, para algunas desinencias muy usuales. El pueblo, lo mismo entonces que ahora, decía

ha-bí-a y ha-biá,
te-ní-a y te-niá,
co-me-ri-a y co-me-riá, etc.

pero nunca fué de seguir el segundo uso, aunque resultase bastante general.

***

Otra cuestión:

¿Son hoy de imitar esos abusos de los clásicos? ¿Los que actualmente, para ensanchar los límites de la versificación (!), los remedan, abroquelándose tras su antigua autoridad, son dignos de censura?

Indudablemente.

Entonces, cuando la lengua era más dúctil, pudo disculparse el uso de formas que la evolución del castellano ha ido abandonando poco á poco, hasta quedar desterradas por completo. ¿Vamos ahora á resucitar las terminaciones,

allo, alla, alle, etc.

usadas en vez de

arlo, arla, arle...?

¿Podríamos decir ahora (á no ser por licencia insostenible),

cuerpo á cuerpo he de matalle,
donde Sevilla lo vea,
ó en la plaza ó en la calle:
que al que mata y no pelea
nadie puede disculpalle. *(Lope)*
¡Duro consejo! ¡Ay Estrella!
temo tu seguridad...
veo que es una maldad,
don Arias, mas voy á hacella. *(Lope)*
Importa, pues yo lo callo.
Le maté, no he de negallo,
mas, ¿por qué? No lo diré:
otro confiese el porqué,
pues yo confieso el matallo. *(Lope)*

Muchas veces los ejemplos no prueban más sino que ciertos hechos han existido, ó bien que ha sido común y corriente el uso de reprobables licencias. ¿Vamos hoy á considerar como consonantes á

tizne y cisne

porque así, con evidente abuso, le plugo hacerlo á Iglesias de la Casa?

Erase un vejete
más blanco que cisne
que, á fuerza de tizne,
á cuervo se mete.

O bien

Medres y crezcas
en yerbas frescas. *(Gil Polo)*

O acaso

Criada adrede por designio tuyo
para abatir su orgullo. *(Carvajal)*

Los hechos, sin criterios que revelen sus leyes, no pasan de la categoría de casos. No son ciencia.

***

Sin duda pudo en lo antiguo haberse impuesto la doble prosodia; pero NO SE IMPUSO; y, por eso, eran, aun entonces mismo, vituperables las contracciones que hacían VIAJAR los acentos y que hoy sería demencia el resucitar.

***

Y no está bien el decir RESUCITAR, porque algo queda: las terminaciones

allo, alla, alle

se usan todavía en muchas partes; por ejemplo, al norte de la provincia de Cádiz, en la Sierra de Olvera:

quieto, quieto, señó; que aquí
estamos nosotras pá quitallo,

y frases por el estilo, son de práctica corriente allí.

El uso, pues, subsiste aún, y viene desde muy antiguo; pero su antigüedad no es timbre de nobleza; como no lo es la de los Zíngaros.

Esa dislocación de acentos ha sido siempre un abuso y no debe prevalecer, á pesar de su respetable ancianidad; que, no sólo se echa de ver en la silabización métrica del Romancero, sino también en los rastros llegados hasta nosotros por los cantares de Andalucía.

Yo t'HUBIÁ dicho mi pena
si la HU-BIÁS QUE-RIÓ escuchá;
pero, ¿quién se vá á la playa
á contársela á la má?

El le HU-BIÁ CON-TÁO sus quejas
si lo HU-BIÁN que-ri-o oí;
pero, ¿quién se queja á un mármo
como yo me quejo á tí?

Repitámoslo: hubo sin duda las dos pronunciaciones (hoy las hay); pero de las dos no era admisible más que una solamente.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

EL FINAL DE UNA COMIDA Á ESCOTE, cuadro de P. Joris

Tuvimos dos literaturas; una erudita, servil y casi siempre falsa: otra popular, espontánea, y admirable por su interés y su verdad; pero no tuvimos nunca más que una lengua, aunque tal vez tuvimos dos lenguajes: el que luego degeneró en culto, y el que siempre sirvió de fundamento al castellano; ¡sistema admirable de manifestación del pensamiento, tan portentoso por la libertad y abundancia de sus construcciones, como por la riqueza inagotable de sus desinencias y demás medios expresivos de relación!

***

Pero la prosodia familiar nunca se impuso, como en otras partes ha logrado imponerse para el estilo serio.

En Italia tienen muchas palabras doble prosodia y en estas voces VIAJA el acento según reglas escritas: *Mio, tuo, suo*, etc., son en italiano monosílabos, *no estando al fin de verso;* y esto imitó nuestro Hartzenbusch al hacer monosílabo á MIO

¡Oh triunfo del mió saber! ciencia fallada por Cham;

pero no hizo bien, porque la regla italiana no es regla del español.

En inglés es usual el tener más de una forma cada tiempo de la conjugación:

¿Do you not go?—¿Don't you go?
I have written.—I've written
I shall speak.—I'll speak
I would buy.—I'd buy, etc.

Los versos de Terencio, cuya medida es la desesperación de los modernos latinistas, tienen acaso explicación en haberse debido recitar según la familiar pronunciación corriente entonces, no obstante estar escritos conforme á la pronunciación gramatical. ¡Imaginémonos la desesperación de un prosodista del porvenir, si se encontrase correctamente escrito el cantar anterior!

El le hubiera contado sus quejas
si le hubieran querido oir:
pero, ¿quién se queja á un mármol
como yo me quejo á tí?

¿Cuando, *por semejante escritura*, podría calcular que el cantar estaba todo en octosílabos? Y, suponiendo que lo supiese, ¿cómo los podría ya medir?

El intento, pues, de rehabilitar las antiguas vituperables contracciones sería acto indiscretísimo en nuestros días, cuando el número de sílabas y el lugar de los acentos está ya tan determinado y fijo como una petrificación.

E. BENOT

FÍSICA SIN APARATOS

ASCENSIÓN DE UN GLOBO CON AIRE CALIENTE Ó MONTGOLFIERA. – Conocido el experimento físico consistente en lanzar al aire pompitas de jabón llenas de hidrógeno, no hay más que dar á estas pompas cuatro ó cinco centímetros de diámetro para que de suyo se eleven rápidamente. Este divertido experimento ofrece la imagen de los aerostatos henchidos por medio del hidrógeno ó del gas del alumbrado. Puede hacerse más instructivo y variado aproximando á las pompas ascendentes una bujía encendida que las inflame. He aquí otro experimento no menos interesante y más sencillo aún para producir verdaderas montgolfieras en pompas de jabón.

Tómese un tubo de cristal de dos centímetros de diámetro por veinte de longitud, y á falta de tubo de cristal, hagase uno de papel fino de cartas, lo que permitirá obtener fácilmente pompas gruesas como la cabeza de un hombre. Mójese el extremo de este tubo en una solución de jabón y sóplese fuerte y rápidamente de alto abajo. Sin desprender un hilito que se fija por el otro extremo á un proporcionado disco de papel que por simple contacto se adhiere á la pompa de jabón, como muestra la figura 1.ª Dando una ligera oscilación al tubo de cristal, se desprende la pompa de jabón, y se eleva á la manera de las montgolfieras con su aeronauta debajo (fig. 2.ª) En la fig. 3.ª se da el aspecto en tamaño de ejecución de la figurita de papel que puede servir de modelo. D es el disco superior de papel y F el hilito terminado en dos nudos que sirven para mantenerlo arriba y abajo.

la pompa, sígase su movimiento ascensional volviendo gradualmente hacia arriba el extremo del tubo hasta extender por la superficie de la pompa la gota de agua suspendida en su fondo, y el globo, completamente henchido, sólo esperará que se le suelte, si no se desprende él de suyo, como suele suceder.

Si la temperatura ambiente es un poco baja, la pompa irá á estrellarse contra el techo; en caso contrario descenderá lentamente en cuanto empiece á enfriarse.

Sirviéndose de tubos de diferentes diámetros, se pueden levantar pompas mucho menores; pero el experimento es difícil para las pequeñas dimensiones.

Los tubos de papel han de renovarse luego que se hayan empapado y reblandecido: lo mejor es servirse de tubos de cristal.

Estos experimentos de la ascensión de gruesas pompas de jabón por medio del aire caliente, dice el físico F. Escriche, me determinaron á ensayar el modo de fijar en ellas un diminuto aerónauta.

Recórtese una figurita de papel muy delgado: líguese á

Fig. 1. – Pompa de jabón henchida de aire caliente. – Modo de fijar en ella un aeronauta.

Fig. 2.—Pompa de jabón henchida de aire caliente, elevándose con su aeronauta

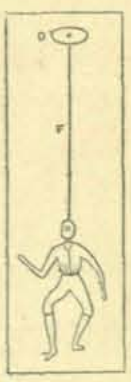


Figura 3. Tamaño de ejecución del aeronauta de papel

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON